

El fin del estado-nación



Introducción

Hace bastante tiempo que muchos intelectuales reconocidos como progresistas y de izquierdas claman y lloriquean ante un hecho a todas luces evidente: la crisis del Estado nacional.

En otro escrito (respuesta a Sami Nair "La barbarie de rostro intelectual" agosto 2001) intenté ya responder someramente sobre esta cuestión. Por aquellas fechas otros intelectuales también expresaban su temor ante la fallida del Estado Nacional. Ignacio Ramonet escribió, antes del primer Forum Social de Porto Alegre, en el Monde Diplomatic ("Geopolítica del Caos"), unas reflexiones muy significativas sobre ello:

(...) "Como en una especie de dinámica de vasos comunicantes, a medida que las empresas se transforman en gigantes, por la erosión que suponen las privatizaciones, los Estados devienen enanos (...) los dirigentes de dichas empresas, así como los de los grandes grupos financieros y mediáticos, detectan la realidad del poder y, a través de sus potentes lobbies, descargan todo su peso sobre las decisiones políticas (...) Asistimos así a un espectáculo insólito: el de un ascenso de la potencia de las empresas planetarias frente al que los contrapoderes tradicionales (partidos, sindicatos, prensa libre) parecen cada vez más impotentes. Por primera vez, el fenómeno principal de nuestra época, la globalización, no está siendo pilotado por los Estados que, frente a las empresas gigantes, pierden progresivamente sus prerrogativas. ¿Pueden los

ciudadanos dejar que todo esto siga su curso? ¿Cómo oponerse a las convulsiones planetarias de nuevo tipo que amenazan la democracia?.."

Han transcurrido casi tres años de aquellas reflexiones sobre la crisis del Estado Nacional. Muchos siguen aún lloriqueando ante su agonía y apostando tozuda e inútilmente por su revitalización. Vuelve a ser necesario retomar la discusión porque, desde entonces, en el mundo han sucedido hechos de extraordinaria importancia muy indicativos de la dirección que está tomando la sociedad del Capital, aclaradores sobre si estamos inmensos en un proceso de hundimiento o de reforzamiento de los Estados Nacionales, sobre si éstos toman formas democráticas o dictatoriales, sobre su soberanía o su sumisión a entes supranacionales, sobre la emergencia de amplios territorios prácticamente sin Estado a merced de actos insospechados de piratería y saqueo o por el contrario a la creación y consolidación de nuevos estados soberanos... y por la respuesta imperiosa a esta nueva realidad que deberían dar el conjunto de los ciudadanos del mundo.

La total destrucción del Estado irakí es, sin duda, el hecho mas relevante de la nueva situación, pero no es un caso excepcional. Otros muchos Estados han sido destruidos o reconvertidos en instrumentos de características muy distintas al Estado-nacional que conocíamos en las sociedades capitalistas desarrolladas del siglo pasado.

Obviar estos hechos y las profundas causas que los provocan, no permite de ninguna manera vislumbrar lo que realmente está sucediendo en este periodo histórico de profundos cambios. Retomar el discurso salvaguardador de los instrumentos de las antiguas épocas del desarrollo capitalista es cuanto menos intentar retornar a periodos pasados que no pueden volver. El Estado Nacional está moribundo y nada ni nadie lo podrá salvar. Las distintas formas políticas, sean dictaduras o democracias, que tomaron estos Estados nacionales están también consecuentemente enfermas de gravedad.

Los viejos discursos patrióticos y nacionales de la derecha o de la izquierda política, ya no sirven. Los cambios en una u otra dirección son de tal profundidad que no comprenderlos en su perspectiva histórica nos puede oscurecer la salida de esta profunda crisis social. Séneca lo dejó escrito: "No hay ningún viento favorable para quien no sabe a donde va".

La naturaleza del estado

Sería estéril cualquier reflexión sobre la decadencia del Estado Nacional si antes no analizáramos la verdadera naturaleza del Estado en sí mismo.

En todas las sociedades humanas, a lo largo del periodo depredador de nuestra Historia, el Estado ha tenido una naturaleza coercitiva y de sometimiento por parte de los sectores dominantes por encima de la sociedad. Aunque el Estado moderno tal como lo conocemos en la actualidad, es relativamente de reciente creación, siempre un ente de similares características

ha sido edificado como instrumento de dominio al servicio del poder. Ha sido el instrumento del poder.

Ninguna sociedad humana ha conocido la existencia de un instrumento de poder como gestor al servicio de los intereses comunes y generales del conjunto de los pobladores de un territorio. El Estado como instrumento integrador y armonizador de los intereses de los pobladores de un territorio ha sido históricamente una falacia. En las sociedades de explotación del hombre por el hombre, la organización práctica del sometimiento de unos hombres por otros (la organización de la violencia y la coerción) ha tomado como expresión política la forma de Estado. Estado tribal, esclavista, feudal, burgués o socialista. La Humanidad no ha experimentado nunca la manera práctica de organizar y gestionar sus necesidades comunes por encima de los intereses particulares o de grupo. Las formas organizativas de pequeñas comunidades autóctonas y autosuficientes solamente pueden darnos una pequeña luz orientativa pero totalmente insuficiente ante la complejidad actual de nuestra sociedad cada vez más interrelacionada.



Ningún sistema social de apropiación del trabajo humano ha sido aceptado libremente. Fuimos por la fuerza esclavos o siervos y seguimos por la fuerza asalariados. Aunque el sistema social impuesto por la fuerza ha llegado a calar profundamente en el pensamiento y en el comportamiento social (¡nadie cree posible trabajar fuera de la condición asalariada de la misma manera que nuestros antepasados no creyeron posible hacerlo fuera de la condición esclava o servil;) seguimos desarrollando nuestra vida bajo la pesada losa de sociedades depredadoras en donde nadie puede

elegir trabajar o no trabajar (poder o no poder vivir) si no es bajo unas leyes sociales determinadas por el poder. Solamente cuando estas leyes nos impiden sobrevivir, dejamos de aceptarlas como norma social de obligado cumplimiento. El Estado como institución garante de sistemas depredadores ha necesitado usar y monopolizar la fuerza como su mejor instrumento coercitivo.

La única ley, inmutable a través de todas las épocas históricas, que ha defendido el Estado ha sido la ley de la apropiación privada (de la propiedad privada) sobre los medios y los recursos que en cada momento histórico la Humanidad ha tenido a su disposición para poder vivir y solucionar sus problemas. Hoy por hoy debería estar en discusión que instrumento de poder necesitará crear la Humanidad para defender la propiedad colectiva de su Patrimonio común frente a los sectores que seguirán defendiendo a toda costa

su apropiación privada. Está claro que este instrumento de poder en manos de la Humanidad en su conjunto no puede ser de ninguna manera, como lo fue en el siglo pasado el de la burguesía, de carácter "nacional", ni puede dejar tampoco de tener una naturaleza coercitiva. Ni los más aventajados defensores de las sociedades en donde todo individuo pueda hacer lo que le dé en gana se verían libres de crear un instrumento velador de tal posibilidad. El hombre social necesita establecer instrumentos de poder que garanticen que sus acuerdos y compromisos puedan ejercitarse. Sin estos instrumentos de poder cualquier declaración de principios se convierte en pura fanfarria.

Una institución en defensa de la vida, por ejemplo, es absolutamente coercitiva respecto a las personas, grupos o instituciones que atenten contra ella.

La forma específica que toma el Estado para cumplir su misión coercitiva no es significativa por cuanto nunca hace cambiar su auténtica naturaleza. Formas dictatoriales, democráticas, populares, socialistas... no cambian para nada su carácter de instrumento de dominación de unos sectores sobre otros. Tanto si su ejercicio es de dominación por la simple fuerza o de sumisión por medio de mecanismos más sutiles, nada hace variar su propia naturaleza de instrumento del poder.

En los periodos de crisis social, el Estado desenmascara su auténtica naturaleza de maquinaria para la guerra, y deviene Estado de Guerra.

La crisis del estado

La crisis del Estado es inseparable de la crisis de los grupos sociales y clases que lo eligieron como el instrumento de su dominación. Estos pueden cambiar, pero la institución se perpetúa. Nuevos grupos y nuevas clases lo tomarán y lo adecuarán al servicio de sus intereses.

La crisis del Estado feudal es la crisis de los poderes feudales, aristocráticos y religiosos que lo construyeron como instrumento defensor de sus intereses económicos basados en la propiedad de la tierra y como garante de la perpetuación de su dominio sobre la sociedad.

La crisis del Estado nacional es a su vez la crisis del poder burgués ceñido territorialmente a unas fronteras heredadas del viejo mundo servil que desde muy pronto se demostraron como un corsé inviable ante la necesidad de subordinar al mundo a sus necesidades. La burguesía nunca tuvo en realidad nación, patria ni bandera. En lugar de la



autarquía y el aislacionismo, favoreció el expansionismo y la generalización de unas relaciones de producción enormemente eficaces. En la conquista de nuevos territorios crearon pseudos-estados (coloniales, tutelados, de apartheid o de protectorado) a la propia semejanza, que no solamente facilitarían el expolio de los pueblos conquistados por sus cañoneras, sino a su vez intentarían crear un mundo según su propia imagen. Las burguesías nacionales europeas se enfrentaron entre ellas en numerosas guerras por el reparto del mundo (la Conferencia de Berlín de 1885 en donde las potencias consensuaron este reparto no fue respetado y dio lugar a las dos confrontaciones mundiales).

(Curiosamente la Sociedad de Naciones se creó en vano, a propuesta del presidente Wilson, para solucionar los problemas entre naciones irreversiblemente destinadas al enfrentamiento. A partir del año de su creación 1920, la militarización de las potencias, la aparición de los fascismos, la crisis de los tratados internacionales, y la segunda guerra mundial fueron los hechos que marcaron su ineficacia).

Junto a la apropiación de las riquezas y la explotación del trabajo humano construyeron puertos para el comercio, carreteras y ferrocarriles, introdujeron nuevas técnicas agrícolas e industriales, crearon colonias, en donde se instalaron millones de trabajadores europeos que estaban en paro y en graves condiciones de precariedad en sus metrópolis, e invirtieron grandes capitales en ellas. Entre 1830 y 1914 los europeos se apoderaron de más de 2 millones de hectáreas de tierras en África que dispusieron para el cultivo en función de las necesidades de las metrópolis. Estos territorios fueron los suministradores de las materias primas pero a su vez nuevos mercados compradores de los productos manufacturados. Prueba de los enormes cambios sociales que se dieron en los territorios colonizados fue el arrinconamiento de sus antiguos poderes feudales y religiosos, la modernización de sus estructuras y el desarrollo de unas nuevas clases autóctonas que pudieron liderar más tarde, con más o menos tutela, los procesos de independencia nacional. Nasser, Ben Bella, Ghandi, Sukarto, Tito, Bhuto, N'kruma, Zhou Enlai,... construyeron grandes proyectos de nuevos Estados-nacionales independientes y no alineados con las potencias finalmente vencedoras de la Segunda Guerra mundial. De estos grandes proyectos solo quedan cenizas.

Sucumbieron los proyectos de construcción de nuevas naciones y sus Estados devinieron en clanes encargados de asegurar el expolio de sus riquezas por las grandes empresas transnacionales. Uno tras otro los gobiernos nacidos de los procesos de descolonización fueron depuestos, derrocados y sustituidos por gobiernos títeres. Se detuvieron los procesos modernizadores y se abortaron los intentos de creación de sociedades laicas y democráticas, cediendo el poder a sectores militaristas o religiosos. Cuando estos han sido incapaces de asegurar su cometido se ha optado directamente por la ocupación y el control militar, la destrucción de las infraestructuras, y el regreso a unas condiciones de sometimiento colonial muy distintas a las anteriores. Ahora solo se invertirá en las infraestructuras que faciliten el expolio. Han dejado de ser mercados solventes para el Capital. No serán ni mucho menos receptores de

una nueva avalancha de colonos europeos, salvo de mercenarios armados y de traficantes. No serán paraísos vírgenes para nuevas inversiones de capital. Retrocederán a la prehistoria. Su Estado represor solo puede ser liderado por personajes de la calaña de Negroponte (ejecutor durante las últimas administraciones norteamericanas del terrorismo de Estado: asesor de Kissinger, apoderado de la contra en Nicaragua, embajador en Méjico en 1993, creador del batallón 316 de la muerte en Honduras,... y futuro embajador en Irak).

La destrucción o disgregación de las antiguas naciones, de sus Estados y de sus burguesías autóctonas es un hecho generalizado.

Lo que está ocurriendo en Irak de manera absolutamente descarnada, sucedió en Yugoslavia, está ocurriendo en Angola, en la República del Congo, en Guinea Ecuatorial, en Chechenia, en Kazajistán, en Georgia... y está en proceso de ejecución en muchos países americanos y asiáticos. Antiguas e incipientes formas de Estado desarrolladas en épocas colonialistas o durante la guerra fría están siendo destruidas.

En Angola, la petrolera francesa ELF (hoy Total) mantiene en el poder a José Eduardo dos Santos y su Movimiento Popular de Liberación de Angola bajo el soborno basado en los enormes ingresos por la concesión de la explotación de los campos petrolíferos. Se ha demostrado que a su vez ELF financiaba a la guerrilla opositora (UNITA). Una guerra de 40 años en la que han muerto millones de personas y que ha destruido completamente al país. Uno de cuatro niños angoleños muere antes de los cinco años.

En Guinea Ecuatorial, la petrolera estadounidense ExxonMobil paga directamente en la cuenta bancaria de Teodoro Obiang en Washington la comisión correspondiente de la explotación de los grandes yacimientos petrolíferos descubiertos en la década de los 90. Los pobladores empobrecidos se preguntan a dónde va a parar tan asombroso crecimiento económico que el Banco Mundial cuantificó en un 60% en el año 2001. Ya no queda nada, salvo restos, de las incipientes infraestructuras que crearon los colonizadores españoles. Se derrumbaron las escuelas, las granjas, los hospitales... Obiang, su familia y su temible ejército funcional controla completamente una antigua nación en ruinas solamente en función de las necesidades de la Exxon.



La misma letanía en Kazajistán en donde una compleja red de empresas fantasmas paga importantes sumas de dinero al presidente Nursultan Nazarbayev por la explotación de sus grandes reservas petroleras. Mientras el número de personas que viven bajo el umbral de la pobreza se ha duplicado desde su independencia de la antigua URSS.

Los ejemplos de esta situación serían innumerables.

Sería muy esclarecedor que la prensa occidental, especialmente la europea, diera a conocer el desarrollo del juicio de la Corte Internacional al dictador Milosevic que sigue celebrándose bajo un mutismo y prácticamente secretismo total. Nada de lo que ocurre en el juicio trasciende a los ciudadanos. La guerra contra Yugoslavia dio los resultados apetecidos: las mas importantes empresas nacionalizadas, muchas de las cuales funcionaban en carácter cooperativo o autogestionado, han ido a parar en manos de consorcios privados transnacionales, sus infraestructuras destruidas, sus pueblos (que habían convivido más de 50 años en armonía) enfrentados en luchas fratricidas, el Estado yugoslavo ha sido disgregado y ocupado por mafias y grupos armados dedicados al contrabando y la extorsión, bajo la mirada impertérrita de los soldados de la ONU que han hecho de este país el mayor prostíbulo de Europa. La antigua Yugoslavia es hoy un abanico de territorios empobrecidos en donde acampan por sus anchas las grandes transnacionales.

Curiosamente se crea la Organización de las Naciones Unidas en 1945 cuando ya se ha iniciado el proceso de destrucción de los Estados Nación. Cuando son las potencias ganadoras de la Segunda Guerra Mundial (con derecho a veto a cualquier Resolución de la Asamblea General) las que compiten por el reparto del mundo arruinando cualquier desarrollo soberano de las naciones. La ONU ha podido demostrar sobradamente no solo su ineficacia como herramienta de defensa de la soberanía y el desarrollo de las naciones sino su enorme relevancia en favor de su destrucción. Sin temor a equivocarnos, podríamos decir que la ONU ha sido el instrumento más eficaz en la tarea de disgregación de los Estados-nacionales. Los hechos son irrefutables.



El estado transnacional

La crisis del Estado-nacional es simplemente la crisis de las burguesías nacionales en un periodo en donde el proceso de concentración del poder ha devenido transnacional y ha dado lugar a una burguesía mundial (predominantemente financiera) que lidera un capitalismo de carácter global. La lucha por el dominio del mundo ya no tiene carácter nacional (entre naciones) sino estrictamente privado. Por primera vez en la Historia un sector de poder está organizando la planificación de sus intereses incluyendo al mundo entero. Pero una gran diferencia separa esta lucha por el dominio del mundo de los periodos anteriores. Ya no es una burguesía industrial la que intenta extender el dominio de su modo de producción por la faz de la Tierra,

sino es una burguesía predominantemente financiera la que centra su cometido en el pillaje y la piratería para poder seguir manteniendo su mercado interior.

El Estado transnacional o el Estado Global que se construye, no es más que el advenimiento de un nuevo instrumento coercitivo y de sometimiento al servicio de unos sectores de poder privados que abarcan territorios (o mercados) mucho más extensos que el de los viejos Estados Nacionales del siglo pasado. El Estado transnacional no es un instrumento creador de nuevos Estados (tal como ocurrió en el periodo colonialista) sino destructor de estos.

¡Mientras el viejo mundo occidental aún alardea de la vigencia del sistema democrático- parlamentarista propio de los Estados Nacionales del siglo pasado, el Estado transnacional se construye bajo formas dictatoriales, secretistas y antidemocráticas: bajo formas fascistas; Los ciudadanos no elegimos a los que participan de las famosas reuniones anuales del club Bilderberg (fundado en 1954 por el príncipe Benhard, antiguo miembro de las SS de Adolf Hitler) o de la Comisión Trilateral (fundada por David Rockefeller) o del FMI, o del Banco Mundial... Los ciudadanos ya no nos sentimos vinculados ni defendidos por la Organización de las Naciones Unidas que ha traicionado sus principios fundacionales en favor de la paz y la concordia de los pueblos.

Las burguesías nacionales que no pudieron subirse al tren de esta poderosa burguesía financiera mundial observan como sus negocios se arruinan, como escapa de sus manos la nueva tecnología que hace devenir caduco e ineficiente su emporio industrial y manufacturero del siglo pasado, como las "leyes del mercado" se desmoronan ante las leyes de la fuerza militar, y como el instrumento de su poder: El estado nacional se resquebraja. Parlamentos, sindicatos, partidos políticos, bancos nacionales, instituciones financieras, moneda propia, ejército salvaguardador de la patria... dejan de ser las herramientas que aseguraban su dominio en el espacio territorial determinado por unas fronteras que parecían infranqueables. Parapetados aún bajo banderas nacionales, se resisten a abandonar el poder político.

Estas son las razones de las reticencias de una parte de la burguesía europea en la larga y dificultosa formación de un Estado Europeo. EEUU solucionó la problemática (federación o confederación) en 1862. La opción vencedora tras la guerra civil abrió el proceso, en el plano económico, a la eliminación de una burguesía territorial y autárquica por medio de la creación de grandes trust y grupos financieros monopolistas (Rockefeller, Morgan, Vanderbilt, etc.) que provocaron una gran concentración capitalista. El inmenso poder de los actuales grandes grupos financieros estadounidenses (J.P.Morgan-Chase Manhattan o Citigroup) se gestó entonces, hace más de un siglo. Las viejas burguesías europeas que no pudieron deshacerse totalmente del poder de los Windsors, los Grimaldi, los Habsburgo, los Orange Nassau, los Borbones, los Holstein... perdieron el tren ante la formación de los grandes consorcios transnacionales. Con el predominio del capitalismo financiero sobre el industrial, de nuevo los sectores más reaccionarios y oscurantistas (y militaristas) vuelven a estar en las cúspides del poder. En Europa oriental, tras la caída del muro, la resurrección de estos sectores reaccionarios es aún más evidente: al nuevo redescubrimiento de Simeón de Bulgaria le pueden seguir el

del rey Miguel de Rumania o el de Alejandro de Yugoslavia, o de Otto de Habsburgo de Hungría... Cuando ya no es posible el desarrollo de una burguesía industrial los viejos poderes políticos son los que asegurarán el pillaje de las empresas transnacionales.

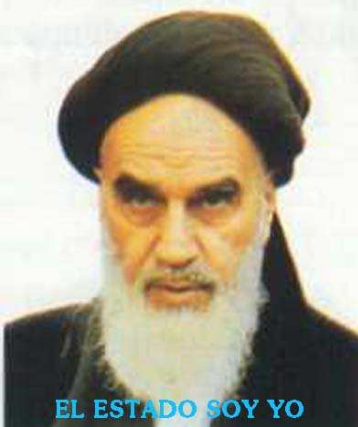
En los EEUU no cabe duda que la actual estructura de poder directamente vinculada a empresas militaristas y petroleras (Busch con Carlyle, Carl Rove con Boeing, Richard Perle con Bechtel, Dick Cheney con Halliburton...) se apoya en el conservadurismo mas reaccionario y fascista. En un Estado de Guerra no podría ser de otra manera. La sociedad norteamericana debe ver con estupefacción y pesadumbre como su enorme esfuerzo constructor avalado por miles de investigadores, estudiantes, técnicos, universitarios, trabajadores de gran formación... no ha sumado un ápice a la construcción de un mundo mejor y más justo sino que ha sido apropiado y dirigido hacia la guerra de destrucción de otros pueblos. Ella deberá deshacerse con prontitud de sus dirigentes sino quiere ver en sus propias carnes la respuesta desesperada de los millones de desahuciados.

Este Estado Transnacional o Global en proceso de construcción no está exento de luchas y enfrentamientos entre diferentes burguesías financieras transnacionales con intereses en disputa. No es extraño que Rumsfeld en su visita a Irak declarase que a él no le interesan las noticias periodísticas pero sí está leyendo los episodios de la guerra civil norteamericana. El dilema que se presenta hoy para construir un imperio mundial tiene unos paralelismos parecidos con el del nacimiento de la gran nación norteamericana. Un poderoso sector financiero mundial arropado en la nación más poderosa del mundo (militar y tecnológicamente) ofrece al mundo su liderazgo para la construcción de este Estado Mundial. Otros sectores vislumbran la posibilidad de oponerse a este liderazgo único (se le critica por "unilateral"), bien intentando contraponer otro liderazgo o bien participando más privilegiadamente en él (opción "multilateral"). La Unión Europea se construye bajo esta dualidad de opciones.

Para la Humanidad en su conjunto, no es relevante qué sectores de poder van a liderar finalmente este Estado Transnacional o si se consolidará otro contrapoder enfrentado al liderado por los EEUU (sean europeos, rusos o chinos). Sean unos u otros, este Estado será de naturaleza coercitiva y depredadora. La legalidad que a toda costa defenderá será la total privatización del mundo por la fuerza de la conquista militar.

Este es el motivo por el que la OTAN ha aprobado uno de los contratos armamentistas más importantes de su

Historia (de más de 4 mil millones de euros) que llevará a cabo un consorcio internacional (TIPS) formado por 6 importantes empresas: la compañía europea



EADS, la italiana Galileo Avionica, la canadiense General Dinamycs Canada, la estadounidense Northrop Grumman, la francesa Thales y la española Indra.

El problema es muy complejo por cuanto, por una parte, el proceso de concentración capitalista seguirá su curso inevitable hacia su constitución imperial (ello significa más competencia y confrontación entre los diversos sectores en pugna), y por otra, la interrelación entre los sectores financieros mundiales es cada vez más estrecha y será cada vez más obligada ante la crisis de la economía mundial. Todos los grupos financieros en disputa están en realidad entrelazados de una u otra manera. Ni las grandes corporaciones financieras europeas, los bancos ingleses (Barclays o Lloyd's), los holandeses (ABN) o los propios alemanes (Deutsche Bank o Allianz AG) son ajenas a la influencia de los grandes grupos norteamericanos.

La globalización

A este imparable proceso de destrucción de poderes territoriales o nacionales y de su sustitución por poderes transnacionales se le viene dando el nombre de globalización. Ignacio Ramonet y otros pensadores se confunden cuando piensan que los viejos instrumentos (o contrapoderes tradicionales) de defensa de los ciudadanos aparezcan cada vez más impotentes. Lo que ocurre exactamente es que viejos instrumentos de poder "nacional" (no contrapoderes de los ciudadanos) se derrumban al unísono que los sectores sociales que los crearon y se construyen otros que corresponden a un nuevo sector muy diferente a los anteriores: es de característica transnacional.

Pero la globalización no es exactamente una creación de estos poderes transnacionales. La globalización del mundo es el resultado de un largo proceso constructor de la sociedad humana que tiene sus inicios en nuestra propia existencia. Es obra de nuestro desarrollo científico y técnico que no tiene marcha atrás. Es consecuencia del desarrollo de las comunicaciones, del transporte, de nuestra eficiencia productiva, de nuestra enorme capacidad de transformación de los recursos de la naturaleza... Tanto si los resultantes son dirigidos hacia el beneficio privado de unos pocos como si pudiéramos dirigirlos hacia el beneficio colectivo de la generalidad de los pobladores de la Tierra, este Mundo Global, ésta gran aldea humana es un camino irreversible.

El problema está en el hecho de que este Estado transnacional que se construye dirige esta globalización hacia objetivos mezquinos. En realidad la está interfiriendo y retrasando. Nunca el mundo, como ahora, está tan imposibilitando de globalizar las enormes fuerzas creadoras que el conocimiento técnico nos ha permitido alcanzar. Nunca como ahora los pueblos están tan desposeídos de sus recursos, de sus riquezas, del saber y del conocimiento. Nunca la apropiación privada ha infringido tales estragos para la Humanidad y se ha opuesto tanto a la generalización del bienestar colectivo.

La apropiación privada es apropiación indistintamente de su condición territorial, sea local, nacional o mundial. Nunca depende del tamaño del depredador. El saqueo actual del mundo por las transnacionales no es diferente al que realizaron las grandes burguesías europeas en los siglos pasados.

La Humanidad no puede regresar de nuevo a la parcelación del Mundo. Esta parcelación ha sido la causa de continuas guerras y enfrentamientos entre los pueblos y no es posible concebirla fuera del marco de apropiación privada (sea individual, de grupo o de colectividad) de los recursos de un territorio delimitado por fronteras. El concepto de soberanía nacional es inseparable a la propiedad de las riquezas del territorio y del ejercicio del derecho de su utilización exclusiva. La devolución de la soberanía a los iraquíes habiendo sido expoliadas sus riquezas representa un fraude al derecho internacional que hasta ahora ha regido las sociedades organizadas en naciones.

Cientos de miles de años necesitamos para alcanzar formas de organización tribal, miles de años para construir pequeños imperios, centenares para vivir vigilados por catedrales y castillos amurallados, apenas quinientos para constituirnos en territorios nacionales y tan solo un par de cientos para empezar a vislumbrar la posibilidad de considerarnos ciudadanos del mundo y declarar nuestra Patria Tierra como la gran aldea común de todos los seres humanos.

Los ciudadanos necesitamos socializar los recursos, las riquezas, el petróleo, los sistemas de comunicación y transporte, el comercio, la investigación, la constante innovación científica y técnica que hemos alcanzado para nuestro beneficio común.

La Humanidad debe organizar la defensa de sus intereses a favor de la vida y de su bienestar incluyendo al mundo entero. Su concepto de soberanía debe ser inseparable al ejercicio de la utilización exclusiva de todos los recursos de la Tierra, de su propiedad Patrimonial.

Los ciudadanos del mundo hemos de crear el organismo de característica global que sea el instrumento salvaguardador de esta utilización colectiva en contra de cualquier intento de privatización por parte de individuos o grupos, el instrumento gestor de la concordia, la solidaridad y la resolución científica de los problemas de los habitantes del Planeta.

Las generaciones venideras no nos perdonarán que el Imperio del Capital triunfe sobre el Imperio de la Humanidad.

Josep abril 2004

